

Mucho ruido y pocas nueces

Charles y Mary Lamb





<https://cuentosinfantiles.top>

Hero y Beatriz eran dos damas que vivían en el palacio de Messina. Hero era hija de Leonato, gobernador de Messina, y Beatriz, su sobrina.

Beatriz era de temperamento vivaz y le gustaba divertir a su prima Hero, de naturaleza más grave, con sus chispeantes humoradas. Cualquier cosa que sucediera era, con seguridad, materia de regocijo para la alegre Beatriz.

La historia de estas damas comienza en el momento en que unos jóvenes de alto rango en el ejército, a su paso por Messina de regreso de una guerra que acababa de terminar y en la que se habían distinguido por su gran valor, hicieron una visita a Leonato. Entre ellos se encontraba don Pedro, príncipe de Aragón, y su amigo Claudio, que era un señor florentino, y también los acompañaba el impetuoso e ingenioso Benedicto, señor de Padua.

Estos extranjeros ya habían estado antes en Messina, y el hospitalario gobernador los llevó a presencia de su hija y su sobrina, dándoles el trato que corresponde a viejos conocidos y amigos.

Benedicto, desde el momento en que entró en el salón, comenzó una animada conversación con Leonato y el príncipe. Beatriz, a quien no le agradaba quedar fuera de ninguna conversación, interrumpió a Benedicto diciéndole:

—Me maravilla que continúe hablando, señor Benedicto; nadie le escucha.

Benedicto era tan parlanchín como Beatriz, pero esta libertad no le gustó; pensó que hablar de manera tan impertinente no convenía a una dama bien educada, y recordó que la última vez que estuvo en Messina Beatriz solía elegirlo como blanco de sus risueñas chanzas. Los que peor aguantan una broma son precisamente aquellos que están siempre dispuestos a gastársela a los demás, cosa que también le sucedía a Benedicto y a Beatriz; estos dos agudos ingenios nunca hasta entonces habían estado juntos sin que una verdadera guerra de burlas se desencadenara entre ellos, y siempre se separaban molestos el uno con el otro. Por ello, cuando Beatriz lo interrumpió en la mitad de su discurso

diciéndole que nadie prestaba atención a lo que decía, Benedicto, fingiendo que no había notado su presencia, dijo:

—Y bien, mi querida doña Desdén, ¿todavía estáis viva?

Y una vez más se rompieron las hostilidades entre ellos y se trabaron en una airada discusión, en la cual Beatriz, aunque sabía que él había dado buenas pruebas de valor en la última guerra, dijo que ella bien podría comerse a todos sus muertos y, habiendo observado que el príncipe parecía disfrutar con la conversación de Benedicto, lo llamó «bufón del príncipe». Este sarcasmo caló más profundo en la mente de Benedicto que todo lo que Beatriz había dicho con anterioridad. La alusión a que era un cobarde, al decir que ella podría comerse a todos los que había dado muerte, no fue tomada en cuenta, pues se sabía un hombre valiente; pero no hay nada que los grandes ingenios teman tanto como la acusación de ser bufones, puesto que a veces ella resulta un tanto demasiado cercana a la verdad; así que Benedicto odió a Beatriz

sinceramente por haberlo llamado «bufón del príncipe».

La recatada Hero permanecía silenciosa en presencia de los nobles invitados y, mientras Claudio observaba atentamente los favores con que el tiempo había mejorado su belleza y contemplaba la gracia exquisita de su fina figura (porque era una joven admirable), el príncipe se divertía grandemente escuchando el humorístico diálogo que se desarrollaba entre Beatriz Y Benedicto, y le susurró a Leonato:

—Esta es una joven de mucho humor. Sería una excelente esposa para Benedicto.

—Oh, señor mío, señor mío, al cabo de una semana de estar casados se habrían trastornado de tanto hablar replicó Leonato ante esta sugerencia.

Pero aunque Leonato pensara que formarían una pareja discordante, el príncipe no renunció a la idea de unir al par de ingeniosos.

Cuando el príncipe regresaba del palacio acompañado por Claudio, descubrió que el

matrimonio que había ideado entre Beatriz y Benedicto no era el único que estaba en proyecto en el afable grupo, ya que Claudio habló sobre Hero en términos tales, que hicieron que el príncipe sospechara lo que estaba ocurriendo en su corazón, y, siendo la idea de su agrado, preguntó a Claudio:

—¿Sientes inclinación hacia Hero?

—Oh, mi señor, la última vez que estuve en Messina la miré con ojos de soldado que se sentía atraído, pero que no disponía de tiempo para el amor; pero ahora, en este feliz período de paz, los pensamientos guerreros han salido de mi mente dejando un espacio que llena una multitud de pensamientos dulces y delicados, y todos ellos reflejan cuán bella es la juvenil Hero y me recuerdan mi inclinación por ella antes de irme a la guerra —fue la respuesta de Claudio a la pregunta del príncipe.

El príncipe tomó tan a pecho la confesión de Claudio de su amor por Hero, que no perdió tiempo en solicitar a Leonato que aceptara a Claudio por yerno. Leonato accedió a la proposición y el príncipe no tuvo mayores

dificultades para persuadir a la gentil Hero que prestara atención a la petición del noble Claudio, que era un señor de raras virtudes y sumamente cabal; y Claudio, con la ayuda del bondadoso príncipe, pronto convenció a Leonato para que éste fijara la celebración de su matrimonio con Hero en una fecha muy próxima.

Claudio debería esperar sólo unos pocos días antes de desposarse con la bella dama, pero se quejaba de que el intervalo le resultaba tedioso, porque, de hecho, la mayoría de los jóvenes se impacientan cuando deben esperar a que llegue el acontecimiento en el cual han puesto sus ansias: por ello el príncipe, para que se le hiciera más breve el plazo, propuso, como una especie de alegre pasatiempo, que inventaran alguna ingeniosa estratagema para hacer que Benedicto y Beatriz se enamoraran el uno del otro. Claudio, con gran entusiasmo, aceptó participar en esta fantasía del príncipe, y Leonato les prometió su apoyo, y hasta la misma Hero dijo que estaba dispuesta a hacer

cualquier discreto encargo que ayudara a conseguir un buen esposo para su prima.

El plan inventado por el príncipe consistía en que los caballeros hicieran creer a Benedicto que Beatriz estaba enamorada de él y que Hero convenciera a Beatriz de que Benedicto estaba enamorado de ella.

El príncipe, Leonato y Claudio comenzaron sus maniobras primero: en cierta ocasión en que Benedicto estaba sentado en una glorieta leyendo tranquilamente, el príncipe y sus colaboradores tomaron posiciones entre los árboles detrás de la glorieta, pero tan cerca de Benedicto que éste no podría dejar de oír lo que estaban diciendo, y luego de una charla sin importancia, el príncipe dijo:

—Ven aquí, Leonato. ¿Qué fue lo que me dijiste el otro día, que tu sobrina Beatriz se había enamorado del señor Benedicto? Nunca se me hubiera ocurrido que esa dama se enamorara de alguien.

—Yo tampoco lo creía, mi señor —respondió Leonato—. Es de lo más extraordinario que se haya prendado de Benedicto, a quien, a juzgar

por su comportamiento, siempre le demostró antipatía.

Claudio confirmó lo dicho agregando que Hero le había contado que Beatriz estaba tan enamorada de Benedicto, que con certeza se moriría de pena si no era posible hacer que él la quisiera, cosa que a Leonato y a Claudio les parecía imposible que sucediera, puesto que éste había sido siempre muy poco amigo de los encantos femeninos y, en particular, de los de Beatriz.

El príncipe fingió considerarlo, manifestando su gran compasión por Beatriz, y dijo:

—No estaría mal informar a Benedicto de esto.

—¿Con qué fin? —dijo Claudio—. Él lo convertiría en un juego para atormentar más aún a la pobre doncella —Y si lo hiciera —dijo el príncipe—, sería una buena razón para colgarlo, porque Beatriz es una dama dulce y excelente y sumamente sensata en todo menos en su amor por Benedicto.

Entonces el príncipe hizo una seña a sus compañeros indicando que debían marcharse y

dejar a Benedicto que reflexionara sobre lo que por casualidad había escuchado.

Benedicto había estado oyendo la conversación con gran ansiedad y se dijo para sus adentros al oír que Beatriz estaba enamorada de él:

«¡Vaya! ¡Conque es por ahí por donde van los tiros!»

Y cuando se hubieron ido comenzó a razonar consigo mismo de esta manera:

«No puede tratarse de una broma, pues parecían muy serios y han sabido la verdad de labios de Hero, y parecen sentir piedad de la dama. ¡Enamorarse de mí! Está bien: pues será correspondida. Nunca en la vida pensé en casarme. Pero cuando decía que moriría soltero no pensaba que viviría para estar casado. Ellos dicen que la dama es bella y virtuosa. Y así es. Y sensata en todo, menos en amarme. Bien, esa no es una prueba evidente de insensatez. Pero aquí se acerca Beatriz. Desde hoy es una bella dama. Advierto algunas huellas de amor en ella.»

Beatriz se acercó a él y le dijo, con su aspereza habitual:

—He sido enviada, contra mi voluntad, a pedirlos que vengáis a cenar.

Benedicto, quien nunca antes había estado dispuesto a hablarle tan cortésmente, respondió:

—Hermosa Beatriz, os agradezco que os hayáis molestado.

Y cuando Beatriz se alejó, después de haberle dicho dos o tres frases ácidas, Benedicto creyó haber observado una oculta buena intención en las descorteses palabras que había pronunciado, y dijo en voz alta:

—Si no me apiado de ella, es que soy un villano. Si no la quiero, soy un judío. Iré a conseguir su retrato.

Y así cayó este caballero en la red que habían desplegado en torno suyo, siendo ahora el turno de Hero de representar su papel con Beatriz, para lo cual hizo venir a Úrsula y Margarita, dos de sus damas de compañía, y le dijo a Margarita:

—Mi buena Margarita, corre a la sala; allí encontrarás a mi prima Beatriz conversando con el príncipe y con Claudio. Susúrrale al oído que Úrsula y yo paseamos por el huerto y que toda nuestra charla se refiere a ella. Invítala a introducirse a hurtadillas en la glorieta, donde las madreselvas que el sol ha hecho florecer ahora, cual favorito ingrato, al astro le vedan la entrada.

Esta glorieta a la que Hero deseaba que Margarita atrajera a Beatriz era el mismo refugio amable donde Benedicto acababa de ser un atento oyente.

—Allí la llevaré, tenedlo por seguro —le dijo Margarita.

Hero se hizo acompañar por Úrsula al huerto y entonces le dijo:

—Mira, Úrsula, cuando venga Beatriz comenzaremos a pasearnos por este sendero y nuestra charla tratará únicamente de Benedicto, y cuando yo lo nombre tú tendrás el papel de alabarlo por encima de los merecimientos de ningún hombre. Y yo iré diciendo lo mucho que Benedicto ama a

Beatriz. Comienza ahora, pues mira cómo Beatriz corre pegada al suelo, como un avefría, para atisbar nuestra conversación.

Así que comenzaron, y Hero exclamó, como en respuesta a algo que Úrsula hubiera dicho:

—No, en verdad, Úrsula, ella es demasiado desdeñosa; su espíritu es tan esquivo como el de los pájaros salvajes que habitan en los roqueríos.

—¿Pero estáis segura de que Benedicto ama a Beatriz tan devotamente?’

—Por lo menos —replicó Hero—, eso es lo que dicen el príncipe y mi señor, Claudio, quienes me rogaron que se lo hiciera saber a ella; pero yo los convencí de que, si de verdad querían a Benedicto, nunca debían permitir que Beatriz se enterara de ello.

—Ciertamente —dijo Úrsula—, no sería bueno que supiera de su amor, pues bien puede hacerlo objeto de burlas.

—A decir verdad —dijo Hero—, todavía no ha habido un hombre, por sabio, noble, joven o

excepcionalmente apuesto que fuera, a quien ella no haya criticado.

—Desde luego, y tal mordacidad no es nada encomiable —dijo Úrsula.

—No —respondió Hero—, pero ¿quién se atrevería a decírselo? Si yo le hablara, me destrozaría con sus burlas.

—Oh, no hacéis justicia a vuestra prima —dijo Úrsula—. No puede tener tan poco juicio como para rechazar a un hombre tan especial como el señor Benedicto.

—Él tiene excelente reputación —dijo Hero—. En verdad que es el mejor hombre de toda Italia, exceptuando a mi querido Claudio.

Y luego hizo a su dama una señal de que era tiempo de cambiar de tema, y Úrsula dijo:

—¿Y cuándo será vuestro matrimonio, señora?

Hero le contó entonces que se casaría con Claudio al día siguiente, y le expresó su deseo de que entraran para ver sus nuevos atavíos, pues deseaba consultarle sobre su vestimenta para el próximo día. Beatriz, que había estado oyendo el diálogo con una ansiedad que le

cortaba la respiración, exclamó cuando se hubieron alejado:

—¿Qué fuego quema mis oídos? ¿Puede ser cierto? ¡Adiós desprecio y burla y orgullo de doncella, adiós! Benedicto, adelante con tu amor. Yo te pagaré con la misma moneda, permitiendo que tu mano amorosa domestique mi fiero corazón.

Debe de haber sido un amable espectáculo el ver a estos viejos enemigos convertidos en cariñosos amigos y poder contemplar su primer encuentro después de haber sido inducidos a gustarse mutuamente gracias al risueño artificio del bien dispuesto príncipe. Pero ahora hay que prestar atención a un triste revés de la suerte de Hero. La mañana siguiente, que sería el día de sus nupcias, trajo la tristeza al corazón de Hero y de su padre, Leonato.

El príncipe tenía un medio hermano que había regresado de la guerra junto con él a Messina. Este hermano, cuyo nombre era don Juan, era un hombre melancólico y disconforme y su espíritu parecía afanarse en urdir villanías. Odiaba al príncipe, su hermano, y odiaba a

Claudio por ser amigo del príncipe, y se propuso impedir el matrimonio de Claudio con Hero sólo por el maligno placer de hacer desgraciados a Claudio y al príncipe, pues sabía que el príncipe tenía el corazón puesto en la boda con casi tanto empeño como el propio Claudio; y para llevar a cabo tan perverso propósito, se valió de un tal Borachio, un hombre casi tan malo como él mismo, a quien estimuló con la oferta de una gran recompensa. Este Borachio cortejaba a Margarita, la dama de compañía de Hero, y sabedor de ello don Juan, lo convenció para conseguir la promesa de Margarita de que esa noche conversaría con él desde el balconcillo de la habitación de su señora, una vez que Hero estuviera dormida, y también de que se vistiera con las ropas de Hero, para hacer creer a Claudio con más seguridad que se trataba de Hero, pues ese era el fin que pensaba alcanzar con su perversa intriga.

Don Juan fue entonces donde el príncipe y Claudio y les dijo que Hero era una dama poco prudente, puesto que hablaba con hombres

desde la ventana de su habitación a medianoche. Esta era la noche anterior a la boda y él se ofreció a llevarlos esa noche a donde pudieran comprobar con sus propios oídos cómo Hero conversaba con un hombre desde su ventana, y ellos aceptaron seguirlo. Claudio dijo:

—Si esta noche veo algo que sea razón para no casarme con ella, mañana, en presencia de aquellos ante quienes quiero desposarla, allí mismo la deshonoraré.

Y el príncipe añadió:

—Y ya que te he ayudado a conseguirla, me uniré a ti para humillarla.

Cuando don Juan los condujo aquella noche cerca de la habitación de Hero, pudieron ver a Borachio de pie bajo la ventana y vieron a Margarita asomada a la ventana de Hero, charlando con Borachio; y como Margarita estaba, vestida con las mismas ropas que Hero llevaba puestas, el príncipe y Claudio leyeron que se trataba de la propia Hero.

Nada podía igualar la ira de Claudio al hacer (como creyó) este descubrimiento. Todo su amor por la inocente Hero de golpe se convirtió en odio y decidió que, tal como, había dicho, al día siguiente la humillaría en la iglesia; y el príncipe estuvo de acuerdo en ello, convencido de que ningún castigo sería lo suficientemente severo para la atrevida dama, que osaba conversar con un hombre desde su ventana la misma noche anterior a su casamiento con el noble Claudio.

Al día siguiente, cuando todos se hallaban reunidos para celebrar el matrimonio y Claudio y Hero estaban de pie frente al sacerdote, y el sacerdote, o fraile, que así le llamaban, oficiaba la ceremonia del matrimonio, Claudio, en los términos más vehementes, proclamó la culpa de la intachable Hero, la cual, sorprendida por las extrañas palabras que decía, exclamó mansamente:

—¿Se siente bien mi señor para hablar tan abusivamente? Leonato, profundamente horrorizado, le dijo al príncipe:

—Mi señor, ¿por qué no habláis?

—¿Por qué habría de hablar? —dijo el príncipe —. Yo mismo he sido deshonrado al tratar de unir a mi querido amigo con una mujer sin merecimientos. Has de saber, Leonato, que yo mismo, mi hermano y el ofendido Claudio anoche, a medianoche, la hemos visto conversando con un hombre desde la ventana de su habitación.

Benedicto, estupefacto por lo que estaba oyendo, dijo:

—Parece que no habrá boda.

—¡Ay, Dios mío, así es! —replicó Hero, herida en el corazón.

Y entonces la desamparada dama cayó en un desvanecimiento que a todas luces parecía de muerte. El príncipe y Claudio abandonaron la iglesia, sin detenerse a ver si Hero se recuperaría y sin tomar en consideración la angustia en que habían hundido a Leonato. De tal modo la ira les endurecía el corazón.

Benedicto se quedó para ayudar a Beatriz a reanimar a Hero y dijo:

—¿Cómo está la señora?

—Muerta, creo —contestó la desesperada Beatriz, que quería a su prima y que, conociendo la virtud de sus principios, no podía creer nada de lo que había oído decir en contra de ella.

No era ese el caso de su pobre y anciano padre, que creyó la historia de la vergüenza de su hija; inspiraba lástima el verlo lamentándose sobre ella, mientras ella yacía como muerta ante él, y él hubiera querido que nunca volviera a abrir los ojos.

Pero el viejo fraile era un hombre de gran sabiduría, que había observado mucho la naturaleza humana y que había fijado su atención en el semblante de la dama al oírse acusada, y había advertido como aparecían mil rubores de vergüenza y que luego una blancura angelical se imponía a los rubores y en sus ojos vio un fuego que contradecía las erradas palabras del príncipe acerca de su honestidad de doncella. Por eso le dijo al doliente padre:

—Llamadme necio; desconfiad de mi cultura, pero no de mi conocimiento; no os volváis a fiar de mi edad, ni de mi vocación, ni de mi

reverencia si no es verdad que la dulce dama no tiene culpa y es víctima de un error perverso.

Cuando Hero se hubo recobrado de su desvanecimiento, el fraile le dijo:

—¿Quién es el hombre por el cual se la acusa?

—Ellos saben de qué me acusan. Yo no lo sé — replicó Hero. Luego dijo, volviéndose a Leonato:

—Oh, padre mío, si podéis probar que algún hombre ha conversado conmigo a horas indebidas, o que la noche pasada intercambié palabras con criatura alguna, repudiadme, odiadme, torturadme hasta la muerte.

—El príncipe y Claudio son víctimas de algún extraño malentendido —dijo el fraile.

Entonces aconsejó a Leonato que hiciera saber que Hero había muerto, cosa fácil de creer, puesto que Hero, al perder el conocimiento, parecía muerta; y también le aconsejó que vistiera de luto, le hiciera un monumento y llevara a cabo todos los ritos que corresponden a un funeral.

—¿Qué resultará de todo ello? —preguntó Leonato—. ¿Cuál será el resultado?

—El conocimiento de su muerte cambiara la calumnia en piedad, lo que no está mal, pero no todo lo bien que yo espero. Cuando Claudio sepa que ha muerto, en el mismo momento de escuchar tales palabras, la idea de ella en vida se introducirá suavemente en su imaginación. Entonces comenzará su duelo, si alguna vez el amor embargó su corazón, y deseará no haberla acusado de semejante manera, aunque le parezca que su acusación era cierta.

—Leonato, seguid el consejo del fraile, y aunque sabéis cuánto aprecio al príncipe y a Claudio, juro por mi honor que no revelaré este secreto ante ellos —dijo entonces Benedicto.

Habiendo convencido a Leonato estas razones, éste aceptó y dijo tristemente:

—Estoy tan afligido que me dejo guiar por cualquier recurso.

El buen fraile se retiró entonces con Hero y Leonato para consolarlos y reconfortarlos y Beatriz y Benedicto se quedaron solos, y éste

resultó ser el encuentro con el cual sus amigos, que habían concebido la graciosa intriga, esperaban divertirse tanto. Ahora esos amigos estaban abrumados de aflicción y parecía que cualquier pensamiento jocoso hubiera desaparecido para siempre de sus mentes.

Benedicto fue el primero en hablar, diciendo:

—Señora Beatriz, ¿habéis llorado todo este tiempo?

—Sí, y todavía lloraré más —dijo Beatriz.

—Ciertamente —dijo Benedicto—. Estoy convencido de que vuestra dulce prima ha sido insultada.

—Oh —dijo Beatriz—, ¡cuánto daría yo al hombre que la rehabilitase!

—¿Existe alguna manera de demostrar esa amistad? No quiero a nadie en el mundo tanto como a vos. ¿No es extraño? —dijo entonces Benedicto.

—Para mí también sería posible decir que no quiero a nada en el mundo más que a vos, y podríais no creerme, aunque no miento. No

confieso nada y nada niego — dijo Beatriz—. Estoy triste por mi prima.

—Por mi espada —juró Benedicto—, me queréis y yo declaro que os amo.

Vamos. Pedidme cualquier cosa y la haré por vos.

—Matad a Claudio —dijo Beatriz.

—Ni por todo el oro del mundo —dijo Benedicto, que quería a su amigo Claudio y estaba convencido de que había sido engañado.

—¿Acaso no es Claudio un canalla que ha calumniado, burlado y deshonrado a mi prima? —dijo Beatriz—. ¡Oh, si yo fuese hombre!

—¡Escuchadme, Beatriz! —dijo Benedicto.

Pero Beatriz se negaba a oír nada que se pudiera decir en defensa de Claudio y seguía exigiendo a Benedicto que vengara el ultraje infligido a su prima, y dijo:

—¡Hablar desde su ventana con un hombre! ¡Qué historia! Dulce Hero. Ha sido ofendida, calumniada, arruinada. ¡Oh, si yo fuera hombre

para enfrentarme a Claudio! ¡O si tuviera algún amigo que fuera hombre y lo hiciera por mí! Pero el valor se derrite en cortesías y cumplidos. Si a pesar de mis deseos no puedo transformarme en hombre, moriré mujer, entonces, de tristeza.

—Calma, mi buena Beatriz —dijo Benedicto—. Con esta mano os juro que os amo.

—Usadla por mi amor en otra cosa que no en juramentos —dijo Beatriz.

—¿Creéis de corazón que Claudio ha sido injusto con Hero? —preguntó Benedicto.

—Sí —respondió Beatriz—. Tan seguro como que tengo entendimiento y corazón.

—¡Suficiente! —dijo Benedicto—. Me comprometo. Lo desafiaré. Beso vuestra mano y me retiro. Por esta mano: Claudio deberá pagar caras sus cuentas. Creedme lo que oís. Podéis consolar a vuestra prima.

Mientras Beatriz discutía tan ardientemente con Benedicto e influía en su espíritu galante con la fuerza de sus airados juicios a fin de comprometerlo a defender la causa de Hero,

llegando al punto de enfrentarse a su querido amigo Claudio, Leonato desafiaba al príncipe y a Claudio a responder con sus espadas por la injuria con que habían deshonrado a su hija, la cual, afirmó, había muerto de dolor. Pero ellos, por respeto a su edad y a su padecimiento, le dijeron:

—No, no luchéis con nosotros, buen anciano.

Y entonces hizo su aparición Benedicto, quien también desafió a Claudio para que respondiera con su espada por la ofensa infligida a Hero, y Claudio y el príncipe se dijeron:

—Esto es obra de Beatriz.

Con todo, Claudio hubiera aceptado el desafío de Benedicto; pero sucedió que en aquel momento la justicia divina quiso ofrecer una prueba mejor de la inocencia de Hero que la suerte incierta de un duelo.

Mientras el príncipe y Claudio todavía hablaban sobre el desafío de Benedicto, un magistrado trajo a Borachio prisionero ante el príncipe. Le

habían oído contar a uno de sus compañeros la felonía que don Juan le había encomendado.

Borachio, en presencia de Claudio, le confesó todo al príncipe y le dijo que quien conversaba con él desde la ventana, vestida con las ropas de su señora, había sido Margarita, a quien ellos habían confundido con Hero. Y ya no quedó ninguna duda, en lo que respecta al príncipe y Claudio, que ensombreciera la inocencia de Hero. Si todavía hubiera quedado la menor sospecha, ésta se hubiera desvanecido con la huida de don Juan, quien, al enterarse de que su villanía había sido descubierta, escapó de Messina para evitar la justa cólera de su hermano.

El corazón de Claudio se sintió hondamente herido al descubrir que había acusado a Hero injustamente y que ésta, pensaba él, había muerto al oír sus crueles palabras, y entonces volvió a embargarlo el recuerdo de la imagen de su adorada Hero tal como era en el momento en que su amor se había despertado por primera vez; y cuando el príncipe le preguntó si lo que había oído no pesaba sobre

su corazón como una lápida, le respondió que mientras Borachio hablaba se sentía como si hubiera bebido veneno.

Y el arrepentido Claudio imploró al anciano Leonato que lo perdonara por la grave ofensa contra su hija, prometiéndole que aceptaría cualquier penitencia que quisiera imponerle para pagar su falta de creer la falsa acusación contra su prometida, a quien le debía una reparación.

La penitencia que Leonato le impuso fue la de contraer matrimonio a la mañana siguiente con una prima de Hero que se había convertido en su heredera y que guardaba gran parecido con Hero. Claudio, tomando en consideración la solemne promesa que le había hecho a Leonato, dijo que estaba dispuesto a desposar a la joven, aunque fuera una etíope. Pero su corazón estaba muy contrito y pasó toda la noche llorando de remordimientos y pesadumbre junto a la tumba que Leonato había hecho levantar para Hero.

Llegada la mañana, el príncipe acompañó a Claudio a la iglesia, donde ya se encontraban el

buen fraile con Leonato y su sobrina, para celebrar el matrimonio. Leonato presentó a Claudio a su prometida, que llevaba una máscara para que Claudio no viera su rostro. Y Claudio dijo a la dama enmascarada:

—Dadme vuestra mano, frente a este santo sacerdote. Soy vuestro esposo, si me aceptáis.

—Ya cuando vivía fui vuestra esposa —dijo la desconocida dama, la cual, quitándose la máscara, resultó no ser una sobrina, como se simulaba, sino la hija de Leonato, la propia Hero.

Podemos estar seguros de que ésta fue una sorpresa deliciosa para Claudio, que la creía muerta, así que casi no podía dar crédito a sus ojos de la alegría, y el príncipe, que estaba igualmente asombrado por lo que veía, exclamó:

—¿Acaso no es ésta la misma Hero que había muerto?

—Estuvo muerta, señor, mientras vivía la calumnia replicó Leonato.

El fraile prometió una explicación para este aparente milagro una vez que la ceremonia hubiera concluido, y ya estaba casándolos cuando lo interrumpió Benedicto, que quería que los casara al mismo tiempo a él y a Beatriz. Cuando Beatriz hacía algunas objeciones y Benedicto la desafiaba a que demostrara su amor por él, del cual él había tenido conocimiento por Hero, se produjo una amable aclaración y entonces descubrieron que ambos habían sido inducidos a creer en un amor que nunca había existido, convirtiéndose en verdaderos enamorados por obra de una travesura; pero el afecto al cual habían llegado a través de aquella broma inocente había crecido con verdadera fuerza y ya no iba a desaparecer aunque la aclaración fuera en serio; y puesto que Benedicto se había empeñado en desposarla, no estaba dispuesto a admitir que nada en el mundo lo contrariara, y alegremente siguió con la broma, jurándole a Beatriz que sólo la quería por lástima y porque había oído que ella se moría de amor por él, y Beatriz alegó que aceptaba después de haber sido largamente persuadida y en parte para

salvarle la vida, pues había oído que sufría de tisis. Y así se reconciliaron los dos alocados ingenios, uniéndose una vez que Claudio y Hero estuvieron casados. Y para completar la historia, don Juan, el cerebro de la felonía, fue capturado en su huida y devuelto a Messina, y menudo castigo fue para este hombre sombrío y disconforme el ver la alegría imperante y los festejos que, al haber fracasado su intriga, se celebraban en el palacio de Messina.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>